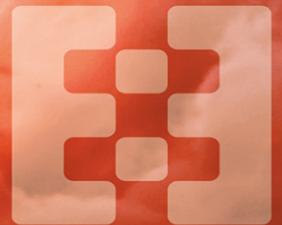


TOMÁS MAZÓN SERRANO

ESPINOSA

**EL
ÚLTIMO
CAPITÁN
DE LA
VUELTA
AL MUNDO**



Tomás Mazón Serrano

Espinosa,
el último capitán de la vuelta al
mundo



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2022
Mapas elaborados por Tomás Mazón para rutaelcano.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 105

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN EPUB: 978-84-1339-446-6

Depósito Legal: M-16840-2022

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PREFACIO

PRIMERA PARTE

Un joven al servicio del rey

Preparando la armada a la Especiería

La travesía por el Atlántico y el motín del Puerto de San Julián

Peligros, trabajos y necesidades

La cabeza de un decapitado al rey de Brunéi

Maluco por Castilla

SEGUNDA PARTE

La separación

Mucho trabajo, y mucho peligro

El tornaviaje

Arando la mar

El dramático regreso al Maluco

«A riesgo de cada día le degollaren»

Los viajes de Pancaldo, Punzorol y «El Sordo»

Prisión en Lisboa y regreso a Castilla

TERCERA PARTE

Noticias de los demás y reconocimiento

Reclamando lo suyo, y en apoyo de Magallanes

Capitán del galeón San Antonio

Asienta su vida en Sevilla

Nuevas ordenanzas, mismo Espinosa

POSFACIO

Espinosa y los cronistas

La conexión con Guatemala

«Como no podía ser menos»

TRANSCRIPCIONES

A. Carta al emperador desde Cochín (India)

B. Concesión de escudo de armas por Carlos V

C. Carta anónima e incompleta sobre islas descubiertas en el Pacífico e Insulindia, y análisis de su atribución

D. Fragmentos de dos cartas de fray Juan Caro, desde Cochín

E. Real cédula de 30.000 maravedís anuales mientras esté suspendida la Casa de Contratación de La Coruña

F. Testimonio de Espinosa en el auto de herederos de Fernando de Magallanes

G. Fragmento interrogatorio a Esteban Gómez acerca de Gonzalo Gómez de Espinosa

H. Orden de visitación de navío

I. Fragmento del testimonio dado en auto de herederos de Andrés de San Martín

J. Fragmento del testimonio dado en auto de herederos del marinero Juan Rodríguez

K. Poder a Ignacio de Bobadilla para que lo represente en la petición de que su oficio pase a su hijo Ruy

L. Testimonio en Probanza de Antón Fúcar

M. Fragmentos proceso privación oficio visitador

Agravios del capitán Gonzalo Gómez de Espinosa

Sentencia en firme tras alegaciones

N. Fragmentos de testimonios en Guatemala

Bibliografía

*Para May y para mis padres,
mis mejores ejemplos de fidelidad.*

«Si a un portugués expatriado, puesto al servicio de España, se le debe la iniciativa, a Gonzalo Gómez de Espinosa pertenece el descubrimiento y ocupación de las Molucas, y bajo su jefatura como almirante de la flota, Juan Sebastián Elcano terminó de dar la primera vuelta al mundo».

Gonzalo Miguel Ojeda,
Gonzalo Gómez de Espinosa en la expedición de Magallanes

«Porque el honor es de materia tan frágil
que con una acción se quiebra,
o se mancha con un aire».

Pedro Calderón de la Barca,
La vida es sueño

«Quiero que sepas que el caballero fue creado
para mantener la lealtad y la rectitud».

Joanot Martorell,
Tirante el Blanco

PREFACIO

Dieciocho marinos acababan de dar la primera vuelta al mundo a bordo de la nao Victoria. El momento de júbilo y alboroto inicial con el que arribaron a Sevilla, fundiendo en salvas la pólvora que les quedaba, dio paso a otro muy distinto, íntimo y de recogimiento, fruto de una promesa hecha hacía muchos meses y muchas leguas. Así, desembarcaron uno a uno de manera solemne, descalzos y con cirios en la mano, formando una humilde procesión que se detuvo ante la imagen de la Virgen de la Victoria, en el monasterio del mismo nombre, en el barrio de Triana. A continuación, cruzaron el Guadalquivir y se dirigieron a la catedral, donde se postraron ante la Virgen de la Antigua.

Después de una asombrosa navegación de siete meses desde la isla de Timor, con mucho la más larga de la que jamás se había tenido noticia, aquellos hombres, tan agotados como orgullosos, daban gracias por regresar sanos y salvos, por la deslumbrante hazaña conseguida y, cómo no, pedían por los compañeros de viaje que habían quedado atrás, tanto por los muertos como por los vivos.

Faltaban demasiados a los que, de esta forma, se recordaba con respeto. Aquel desembarco no solo fue solemne y sencillo, sino también acorde a lo que merecían presenciar los seres queridos de quienes no volvían, porque en aquellos momentos fueron muchas las personas que supieron que nunca más verían a su padre, a su marido, a su hijo, a su hermano. Otros recibieron con una mezcla de angustia y de esperanza la noticia de que quizás su familiar consiguiera regresar más tarde, por haber quedado preso de los portugueses en las islas de Cabo Verde, o en el

Maluco reparando la Trinidad, la capitana de la expedición, que trataría de regresar por el Pacífico.

Sin ninguna duda, para los familiares de algunos de los que habían quedado atrás el mayor tesoro que portaba la Victoria no era el clavo y el resto de especias guardados en su bodega, sino las cartas y objetos de sus seres queridos que les entregaron los recién llegados. Antes de iniciar su regreso en solitario desde la isla de Tidore, los de la Victoria habían esperado durante toda la mañana a que sus compañeros que iban a quedar con la Trinidad escribieran sus cartas para llevarlas a España. Eran cartas de esperanza en el reencuentro, pero escritas desde demasiado lejos, desde el otro lado del mundo. Durante la amarga despedida entre las tripulaciones de ambas naos, todos sabían de la dificultad que supondría regresar con vida. De hecho, para la mayoría, aquellas cartas fueron también las del último adiós.

Una de estas misivas provenía de nuestro protagonista, Gonzalo Gómez de Espinosa, quien había partido como alguacil de la armada, pero que, tras la muerte de Magallanes, lo terminó sucediendo en el mando de la expedición como capitán general. Había quedado en Tidore al frente de la nao Trinidad. Aquella nao, gravemente dañada, iba a precisar de largas reparaciones antes de poder hacerse a la mar de nuevo. Acuciados por la posibilidad de la inminente llegada de una armada organizada por el rey de Portugal para darles caza, todos habían estado de acuerdo en que la nao Victoria partiese de inmediato para que, al menos ellos, evitaran ser apresados. Espinosa quiso ponérselo difícil a los portugueses enviando por delante a la nao Victoria y eligiendo para los de la Trinidad un camino de regreso alternativo.

El capitán Juan Sebastián de Elcano fue quien se ocupó personalmente de portar aquella carta a su destinatario, cumpliendo el encargo que nuestro protagonista le había confiado. En ella relataba cómo había muerto Fernando de Magallanes luchando contra los indígenas de la isla de Mactán, en Filipinas.

Las fuentes históricas hacen que normalmente sea muy difícil detectar los lazos afectivos que se terminaban estrechando entre las personas, pero en el caso de Espinosa con Fernando de Magallanes encontramos no solo la fidelidad que le demostró en vida, sino también después de su muerte. Con el cumplimiento de esta promesa empezamos a vislumbrar la principal de las virtudes de nuestro capitán.

Espinosa dirigía esta misiva al suegro de Magallanes, el comendador Diego Barbosa, para quien ya eran días de luto. Su hija Beatriz, la joven esposa del capitán general, hacía solo seis meses que había muerto. A su pena se sumaba además la de la pérdida del pequeño Rodrigo de Magallanes, su nieto, fallecido hacía un año¹. Con la llegada de aquella carta, Barbosa añadió un gran pesar por la pérdida de su yerno, quien, antes de eso, había sido su amigo. La existencia de aquella carta, hoy perdida, la conocemos gracias al testimonio de uno de los criados de la familia Barbosa:

Este testigo vio una carta mensajera que dieron al dicho alcaide Diego Barbosa, que era de un Espinosa, que fue por alguacil de la dicha armada, en que le hacía saber de la muerte del dicho Hernando de Magallanes².

Espinosa tuvo además el bonito detalle de hacer acompañar aquel triste escrito de un pequeño regalo para

Diego Barbosa, que también Elcano le entregó. Se trataba de una bolsa que contenía clavo, la especia de la que la nao Victoria había venido cargada, y «un penacho», que debía tratarse de algún tipo de artesanía local de las islas Molucas. Así lo asentaron los oficiales de la Casa de Contratación de Indias en uno de aquellos libros en que todo lo anotaban y que, afortunadamente, ha llegado a nuestros días:

Entregó el capitán [Elcano] una haba pequeña en que van clavo limpio y un penacho, que se lo dio el alguacil Espinosa para el alcaide Diego Barbosa³.

Mientras los supervivientes de la nao Victoria pedían a la Virgen por sus compañeros, el capitán Espinosa y sus hombres de la nao Trinidad se encontraban al otro lado del mundo, navegando en el océano Pacífico en una situación absolutamente dramática y desesperada. Muy lejos de cualquier parte, no había nadie más aislado que aquellos hombres, con menos posibilidades de recibir ayuda, y a la vez más necesitados de recibirla.

Una vez consiguieron reparar su nao, en vez de seguir la estela de la nao Victoria habían optado por dirigirse a Panamá, única costa de América conocida entonces en el Pacífico. Sabían que, si lograban llegar hasta allí, obtendrían ayuda de otros españoles y en adelante todo resultaría mucho más fácil. Era una apuesta lógica, con todo el sentido, puesto que además conocían a Andrés Niño y Gil González Dávila, los capitanes de una armada que había zarpado hacia allí a la vez que ellos, con muy pocos días de diferencia, desde Sanlúcar de Barrameda.

Estos habían acarreado por tierra a través del istmo de Panamá tres naves desmontadas con las que explorarían las

costas del Pacífico. Siguiendo esa misma idea, pero en sentido inverso, los de la Trinidad podrían cruzar por tierra toda su carga y pertrechos hasta la costa Atlántica, y continuar viaje hasta España en otras naves con la normalidad por entonces habitual. Ese era el plan.

Sin embargo, su apuesta estaba saliendo mal. Al adentrarse en el océano Pacífico encontraron vientos contrarios y, para tratar de esquivarlos, se dirigieron al nordeste, desviándose de su camino. Con muy pequeños avances cada día se mantuvieron firmes en su propósito mucho más tiempo del que habría sido razonable, intentando dar ocasión a que aquel viento se tornara al fin en favorable, demostrando así una inquebrantable perseverancia.

En este empeño compartieron la misma intuición que, 43 años más tarde, siguieron los primeros que lograron completar con éxito esta difícil travesía. El principal de aquellos hombres se llamaba Andrés de Urdaneta, y sus extraordinarias cualidades y experiencia lo convirtieron en el mejor cosmógrafo de su época. Quizá algo tuvo que ver en ello que en su juventud había tenido como maestro a Juan Sebastián de Elcano. Llega a resultar conmovedor comprobar la mala suerte de los de la Trinidad, cuya derrota en el Pacífico se superpone con la seguida por Urdaneta en los mismos días del año y misma región geográfica en la que a este le rolaron por fin los vientos que le empujaron hacia América.

No fue así para Espinosa y sus hombres, que pasaron de largo por aquella zona bajo los mismos vientos contrarios que les venían acompañando casi desde el primer momento. Haciendo gala de un extraordinario coraje se mantuvieron en esta situación nada menos que cinco

eternos meses en los que, con un enorme desgaste, consiguieron alejarse del Maluco unos 6.600 km, hasta alcanzar los 42 grados de latitud norte. Se trataba de una gran distancia pero de nada les servía porque, para su desgracia, hasta la costa de América les restaba todavía una eternidad.

Fue entonces cuando les sobrevino una larga y devastadora tormenta que dejó gravemente dañada a la nao, la cual perdió los castillos de proa y popa, y a la tripulación no solo enferma sino también sometida en adelante a unas condiciones de vida a bordo absolutamente intolerables, sin techos bajo los que guarecerse. Bajo esta situación, el capitán Espinosa se vio forzado a adoptar la decisión que desde hacía tiempo la razón le imponía, pero su corazón le negaba: renunciar a seguir avanzando. Así, ordenó finalmente dar la vuelta y poner rumbo de nuevo hacia el Maluco.

La isla de Tidore quedaba ahora muy lejos y el regreso hasta ella, con una tripulación agotada, enferma y desesperanzada iba a suponer un esfuerzo titánico al que la mayoría no sobreviviría. Hasta aquel día de septiembre en que dieciocho de sus compañeros alcanzaban la gloria, sumaban seis compañeros muertos. Otros veinticinco más perderían la vida antes de lograrlo.

Y ¿quién era Gonzalo Gómez de Espinosa? ¿Por qué sus compañeros confiaron en él y lo eligieron capitán general? ¿Qué llevó a un misionero en India a escribir al emperador para elogiarlo, o a ser nombrado heredero por un lombardero alemán? En resumen, ¿qué tenía de especial? Las respuestas a todas estas preguntas, como iremos comprobando, convierten a Gonzalo Gómez de Espinosa en alguien a quien merece la pena conocer.

PRIMERA PARTE

DE QUIÉN ERA ESPINOSA, DE LA EXPEDICIÓN A LA
ESPECIERÍA Y DE CÓMO SE CONVIRTIÓ EN SU
CAPITÁN

UN JOVEN AL SERVICIO DEL REY

Espinosa de Los Monteros no era un lugar como los demás. La guardia real nocturna que constituían los llamados monteros de cámara, los hombres de armas que se ocupaban de vigilar que nadie accediera a la alcoba donde dormía el rey de Castilla, solo podían proceder de esta villa. Era un privilegio reservado en exclusividad a los nacidos en ella, que les venía desde muy antiguo y se mantuvo vigente hasta el siglo XX.

Los orígenes de esta ancestral tradición se remontan nada menos que al año 1006, cuando Sancho García, conde de Castilla, instauró este cuerpo de guardia —fue conde, y no rey, porque Castilla no se constituirá como reino hasta unos años más tarde, en 1065—. Según cuenta la leyenda, lo hizo para premiar a un escudero espinosiego que le había descubierto una traición urdida contra él.

Pertenecer al cuerpo de monteros de cámara era por tanto un honor reservado a hombres de armas de Espinosa de los Monteros, y su cometido conllevaba estar dispuesto cada día a matar o morir por su rey. No era algo propio de pusilánimes, sino de personas revestidas de un alto sentido del deber y del honor, de buenos soldados, leales hasta las últimas consecuencias y con la determinación y fuerza necesarias para entrar en acción en cualquier momento y circunstancia. Nuestro capitán se crio rodeado de esta clase de hombres e, indudablemente, su personalidad

quedó impregnada por sus altos valores.

Si visitamos esta villa del norte de Burgos, encontraremos todavía calles que nos trasladan a aquellos últimos años de la Edad Media que vieron nacer a Gonzalo Gómez de Espinosa, y cuyos palacios y casas solariegas nos evocan un magnífico pasado repleto de historias que contar.

No es mucho lo que sabemos acerca de la familia de nuestro capitán. De sus padres conocemos los nombres, Rodrigo Gómez de Espinosa y Marina González. Con certeza tuvo un hermano llamado Pero, o Pedro, y quizá también otro llamado García. No era más que un niño en aquel 1492 que trajo el paso a la Edad Moderna, con el final de la Reconquista por los Reyes Católicos y el descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón. Le tocó por tanto vivir uno de los períodos más apasionantes de la historia de la humanidad y más prolífico en grandes viajes de exploración. Cualquier persona impregnada de espíritu aventurero habría deseado vivir en aquella Castilla que ya empezaba a llamarse España, que se disponía a rellenar los espacios vacíos del mapamundi.

Aquellos viajes precisaban de gente experta en navegación, marinos dispuestos a enfrentarse a largas travesías oceánicas, de constructores navales que a la vez fueran herederos de técnicas tradicionales y estuvieran dispuestos a innovar y a introducir mejoras que permitieran a los navíos soportar cada vez mayores retos, pero también de personas que pudieran ofrecer protección allá donde no fueran bien recibidos. Este último fue el caso de nuestro protagonista, educado en el dominio de las armas y en el arte de la guerra.

La carencia de datos archivados, cronística o bibliografía en que basarse para indagar en sus primeros años hace

que nuestro punto de partida sea prácticamente el cero absoluto, como por otro lado es de esperar respecto de alguien que vivió hace cinco siglos. Navegaremos, pues, en la oscuridad aunque, siendo prudentes, quizá encontremos alguna luz entre estas tinieblas.

Para poder abordar esta primera etapa de su vida es necesario que nos ayudemos de documentos posteriores, de los que podremos extraer pistas realmente interesantes. Cronológicamente, la primera noticia cierta de Espinosa la recibimos de sus propias palabras, y con información muy potente. Afirmará haber conocido a Fernando de Magallanes en febrero de 1518⁴, lo cual implica que aquel primer encuentro necesariamente tuvo lugar en Valladolid, donde se encontraba en aquel momento la corte de Carlos I. Sabemos que Magallanes partió de Sevilla hacia la capital castellana el 20 de enero de 1518⁵, y que permaneció en ella todo el mes de febrero. Es por ello indudable que Espinosa se encontraba en la corte cuando Magallanes, Ruy Falero y Cristóbal de Haro acudieron a presentar su proyecto de viaje a la Especiería, motivo que había llevado hasta allí a estos tres socios.

Esto nos lleva a pensar que Gonzalo Gómez de Espinosa pudiera encontrarse en Valladolid prestando algún servicio directo al rey. Tenemos otra pista en este mismo sentido. Espinosa se ofreció voluntariamente a Carlos I para ocupar el puesto de alguacil mayor en la armada de Magallanes. Según él mismo refirió, «suplicó a Su Maj. le hiciese merced del alguacilazgo mayor de la dicha armada, y Su Majestad le dio título de ello»⁶. Al rey le pareció bien, y emitió formalmente un nombramiento que empezaba diciendo «acatando los servicios que vos me habéis hecho y hacéis...»⁷. Resulta por ello evidente que Gonzalo Gómez de

Espinosa ya había prestado algún tipo de servicio al rey y que, además, lo seguía haciendo.

Sin embargo, no llegamos a saber cuáles fueron estos servicios. Podemos afinar algo más sobre ello a partir de las palabras que el rey, por entonces ya «Rey de Romanos» y pronto emperador, expresó cuando quiso premiarlo mediante la concesión de un escudo de armas por su actuación durante el viaje a la Especiería. En aquel documento, Carlos I revelaba que los antepasados de Espinosa ya habían prestado servicios a la Corona de Castilla.

Por cuanto vos, Gonzalo Gómez de Espinosa, nos hicisteis relación que, con deseo de nos servir, continuando lo que vuestros antepasados hicieron a la Corona Real de estos nuestros reinos, el año pasado de mil y quinientos y diez y nueve años fuiste en la armada que nos enviamos al descubrimiento y contratación de la especiería...⁸

Según todo esto, tenemos a un Espinosa en la corte, prestando servicio al rey no solo en el momento de conocer a Magallanes, sino también antes, y cuyos antepasados también lo habían hecho.

Antes de plantear una posible hipótesis sobre su actividad previa, vamos a aparcar estos hechos ciertos por un momento, y nos vamos a detener en lo que sabemos acerca de su fecha de nacimiento, que también tiene su enjundia.

El 9 de agosto de 1519, un día antes de que las cinco naos integrantes de la expedición de Magallanes empezaran a navegar por el río Guadalquivir hasta Sanlúcar de Barrameda, Espinosa afirmó ante escribano que su edad era de «treinta años, poco más o menos»⁹. Esto nos llevaría

a concluir que nació entre 1488 y 1489. Sin embargo, la coletilla final que añadía nos hace apreciar cierto desdén por su propia edad, lo que por cierto era algo muy habitual por entonces. La gente solía redondear. Así, ocho años después volvería a proporcionarla, redondeando esta vez a los «cuarenta años, poco más o menos», sin que coincidiera con el año de nacimiento que hemos obtenido a partir de esta primera declaración¹⁰. En cambio, hubo otro momento posterior en que por primera vez sus palabras no resultaron ambiguas: en marzo de 1537 afirmó contar con cincuenta y dos años¹¹, esta vez sin redondear. Por ello, aunque resulta imposible fijar su fecha de nacimiento con total precisión, podemos afirmar que Gonzalo Gómez de Espinosa vino al mundo entre 1484 y 1485. De ser cierto, Espinosa embarcó con Magallanes a los 34 o 35 años, y no a los 30. Son cosas que pasan cuando hablamos de alguien a quien su propia edad no parecía importar en absoluto.

Por cuanto hemos podido averiguar hasta ahora, todo cuanto conocemos acerca de Gonzalo Gómez de Espinosa nos lleva a sospechar que quizá también él pudiera tratarse de un montero de cámara. Eso explicaría que se encontrara en la corte acompañando al rey cuando Magallanes viajó a Valladolid, que Carlos I hablara de los servicios que le prestaba y le había prestado, y que también se refiriera a los servicios prestados por sus antepasados a la Corona de Castilla.

Al indagar sobre ello en los archivos encontramos un documento que merece nuestra atención. Resulta que la reina Isabel La Católica nombró en abril de 1504, siete meses antes de su muerte, a un Gonzalo Gómez de Espinosa como montero de su guardia real. ¿Se trataba de nuestro protagonista o podría ser alguien del mismo

nombre? Esta duda no la alcanzamos a despejar. De tratarse de él, contaría con 19 o 20 años. La reina lo nombraba en sustitución de su hermano García Gómez de Espinosa, quien dejaba el puesto vacante, y le asignaba un salario anual de 7.200 maravedís.

Yo la Reina, hago saber [...] que mi merced y voluntad es de tomar y recibir por mi montero de guarda real a Gonzalo de Espinosa en lugar y por vacación de García Gómez de Espinosa, su hermano, y que haya y tenga de mi ración y quitación en cada un año siete mil y doscientos maravedís, [...] y libréis al dicho Gonzalo Gómez de Espinosa los dichos VIIUCC desde el día de la fecha de esta mi albalá y desde en adelante en cada un año¹².

Sabemos que muy poco más tarde, en el año 1514, para poder acceder al puesto de montero de cámara se debía probar ser «hijo-dalgo de padre y de abuelo», y también ser «conocido e natural de la villa de Espinosa de Los Monteros»¹³. También durante aquel mismo año se obligó a todos los monteros de guardia a fijar su residencia en esta localidad, dado que algunos se habían establecido fuera. Estos requisitos parece que nuestro capitán los cumplía.

En relación con la edad mínima para entrar a formar parte del cuerpo de monteros de cámara, en el año 1577 Felipe II la estableció en 25 años «o como la nuestra merced fuese»¹⁴, pero no consta que hubiera costumbre de aplicar esta restricción de edad hasta entonces. Por ello, no parece que esos 19 o 20 años de Espinosa constituyeran un impedimento. No localizamos otros ejemplos de casos de nombramientos a otros jóvenes monteros de cámara, pero sí los encontramos respecto de jóvenes de unos 15 años a los que se nombraba como «continos» al servicio continuo

del rey, con sueldos más bajos que los de los veteranos «para que se críe y aprenda»¹⁵.

Los continos podían ser, o bien hombres de armas, para guardia real o en otras misiones, o bien personas con funciones ligadas a la administración, la diplomacia u otros servicios, aunque siempre como criados o servidores del rey con plena disponibilidad. Encontraremos continos en la expedición de Magallanes, pero no fue el caso de Espinosa¹⁶. Volviendo sobre él y, en conclusión, creemos que su edad no tuvo por qué ser impedimento para que ese montero de cámara de la reina se tratara de él.

Cabe además añadir y tener muy presente que Espinosa afirmará años más tarde en declaración jurada ante escribano que «conoció y vio» a los Reyes Católicos¹⁷, lo cual constituye por sí solo un dato relevante a destacar, que además podría servir para reforzar esta hipótesis. Por ello, y a falta de una confirmación más fehaciente, las piezas con las que contamos para reconstruir su historia nos llevan a la posibilidad real, no confirmada, de que desde su juventud formara parte del cuerpo de monteros de cámara¹⁸, sirviendo como guardia personal de Isabel La Católica durante los siete últimos meses de vida de la reina.

De ser así, aquel joven Gonzalo Gómez de Espinosa mantendría guardia durante la noche ante la puerta allí donde la reina durmiera, armado y habilitado para matar sin preguntar. Daría la vida antes de permitir el paso a un intruso. Su honor, el de sus ancestros y el de otros como él iban en ello.

Pese a que esta sea una posibilidad realista y coherente con lo que sabemos de él, debemos tener presente que la homonimia puede jugarnos una mala pasada. En este

sentido, hubo otras personas coetáneas de nombre Gonzalo de Espinosa o Gonzalo Gómez de Espinosa, cuyo rastro es difícil de seguir y de los que no encontramos un nexo claro con la historia de nuestro capitán. Por ejemplo, está documentado que otro Gonzalo Gómez de Espinosa, hijo en este caso de un García Gómez de Espinosa —y no Rodrigo, como el padre de nuestro protagonista—, de Espinosa de Los Monteros, viajó a Indias en 1513 con el maestre de nao García Alonso Cansino, familiar de Vicente Yáñez Pinzón¹⁹. Además de esta otra persona, hubo un contino desde 1492 hasta principios del XVI llamado Gonzalo de Espinosa que tampoco pudo tratarse de nuestro personaje. Por tanto hay que ser muy cautelosos.

De hecho, también hemos tratado de averiguar si nuestro capitán pudo haber adquirido alguna experiencia previa en algún viaje a América, sin obtener ningún resultado concluyente. Solo hemos hallado una licencia de pase a Indias con el maestre Juan de Camargo otorgada a un Gonzalo de Espinosa en el año 1510²⁰, sin más datos que nos ayuden a identificarlo, salvo que era vecino de Espinosa de Los Monteros. No es más que un lejano indicio de que quizás nuestro capitán, o algún familiar suyo, también de Espinosa de Los Monteros y de nombre muy parecido, pudo contar con experiencia previa a bordo de otras expediciones navales con anterioridad a la de Magallanes. Pese a que no sería raro, es difícil poderlo aseverar.

Antes de concluir, no podemos dejar de hacer mención a que en las crónicas de los portugueses Lopes de Castanheda²¹ y Gaspar de Correa²² se nos proporciona un dato sorprendente. En ellas se afirmaba que Gonzalo Gómez de Espinosa era «pariente» del cosmógrafo de la

expedición y piloto mayor de la Casa de Contratación de Indias, el sevillano Andrés de San Martín. Sin embargo, nada de lo que se cuenta del viaje en otras fuentes nos aproxima a esta posibilidad, pese a que es mucho lo que sabemos de ambos personajes.

Al contrario, encontramos un argumento que nos invita a pensar que esta supuesta vinculación familiar cabría desmentirla. En 1535, Gonzalo Gómez de Espinosa ayudaba a Cristóbal de San Martín, hermano del cosmógrafo, quien necesitaba recabar testimonios de diferentes personas acerca de cómo Andrés había participado en la expedición de Magallanes, y dieran fe de que ni había vuelto, ni se había sabido nunca más de él.

Uno de los testigos fue Espinosa²³, cuya declaración transcribimos en el anexo final del libro. Lo acompañaron algunos ilustres personajes como los también funcionarios de la Casa de Contratación, el cosmógrafo Sebastián Caboto y el piloto mayor Esteban Gómez, así como otras personas residentes en Sevilla. Una de ellas era tía de Andrés de San Martín, quien contaba que su sobrino había acudido a su casa para despedirse antes de que la expedición zarpara, y por eso sabía que había participado en ella. Cumpliendo con la legalidad vigente, estos testigos no debían ser familiares que pudieran tener algún conflicto de intereses con el proceso que se desarrollaba, de modo que la señora tía de Andrés de San Martín especificó en su declaración que sí tenía una relación familiar, pero no se consideraba parte interesada en el asunto que se pretendía dirimir.

En el caso de que Espinosa hubiera sido pariente de Andrés de San Martín, habría estado obligado a decir algo parecido, pero no fue así. Ello nos inclina a pensar que

realmente no eran familiares y, en consecuencia, que los dos cronistas portugueses no estuvieron bien informados.

Por último, para completar su perfil personal, no parece que se hubiera casado antes de partir, puesto que al ser enrolado dio como referencia familiar el nombre de sus padres. Tampoco consta que por entonces tuviera hijos. La Casa de Contratación registró los nombres de los familiares más próximos y lugar de residencia de cuantos embarcaron, con el fin de tenerlos identificados como herederos. Lo normal era que quienes estaban casados proporcionaran el nombre de su mujer, mientras que los solteros dieran el de sus padres. Por tanto, aunque Espinosa se terminó casando y teniendo al menos un hijo, creemos que lo haría tras su regreso.

Como hemos podido comprobar, la investigación acerca de los orígenes y juventud de nuestro capitán está llena de dificultades que nos impiden llegar tan lejos como nos gustaría. No obstante, sí alcanzamos unas fuertes certezas que debemos remarcar, porque sobre ellas no hay atisbo de duda. Aquel Gonzalo Gómez de Espinosa que pediría voluntariamente embarcarse como alguacil en la expedición de Magallanes era un hombre de armas que había conocido a los Reyes Católicos, prestaba algún tipo de servicio directo a Carlos I, y se había criado entre monteros de cámara, para quienes no cabía mayor honor que dedicar su vida a proteger a su rey.

PREPARANDO LA ARMADA A LA ESPECIERÍA

El joven rey Carlos I quedó fascinado por lo que Magallanes y Falero le contaron. Aquellas islas de la Especiería, envueltas en un halo de leyenda hasta entonces, habían sido localizadas. Más que eso, afirmaban saber dónde se encontraban, y que pertenecían a Castilla según la división del mundo pactada con Portugal en el Tratado de Tordesillas, en 1494. Por ello, en vez de limitarse a conceder licencia para viajar hasta allí, que fue lo que le pidieron con el apoyo económico del burgalés Cristóbal de Haro, el rey quiso hacer suyo el proyecto, y que la armada estuviera promovida directamente por la Corona.

Poco más tarde, Carlos I asentó con Magallanes y Falero las Capitulaciones de Valladolid, el contrato en que los nombraba capitanes de la armada para el descubrimiento de la Especiería. Aquel importante documento tiene fecha de 22 de marzo de 1518.

Dado que Espinosa conoció a Magallanes durante aquel mes de febrero de 1518 en que se empezó a fraguar la expedición, ello lo convierte, que sepamos, en el primero que conoció al capitán general de cuantos castellanos terminaron viajando con él. Quizá esta fuera una de las razones que favorecieron su demostrada cercanía personal y la fidelidad que le demostró después, no solo hacia él sino

también por el suegro de este, el comendador Diego Barbosa, a quien además no sería descabellado que Espinosa hubiera conocido con anterioridad.

En este sentido, sabemos que el suegro de Magallanes era un noble portugués afincado en Sevilla desde hacía unos veinte años, siguiendo los pasos de don Jorge de Braganza, de quien era criado. Este había tomado el exilio sevillano por enemistad con el rey Juan II de Portugal, y también por sus lazos familiares con los Reyes Católicos, que lo favorecieron²⁴. Barbosa ocupaba el cargo de «veinticuatro» de Sevilla, es decir, uno de los 24 hombres que regían la ciudad, y también era el alcaide del alcázar y las reales atarazanas. Los Reyes Católicos, a quienes sirvió en las campañas de «Granada y Navarra, y otras partes»²⁵, lo hicieron caballero de la Orden de Santiago por sus méritos.

La campaña militar que permitió a Fernando El Católico hacerse definitivamente con el reino de Navarra tuvo su momento álgido en 1512. Por entonces, Gonzalo Gómez de Espinosa contaba con 27 o 28 años y, dado su perfil, encajaría que también pudiera haber participado en ella. Esta podría haber sido la ocasión en que ambos personajes entraran por primera vez en contacto. No obstante, no he tenido éxito en la búsqueda de algún tipo de rastro documental que pudiera dar base a lo que, sin ello, no expongo más que como una mera sospecha.

Aunque es posible que lo hiciera antes, sabemos que Gonzalo Gómez de Espinosa se había desplazado a Sevilla en enero de 1519, dado que justo antes de partir afirmó conocer a los maestros, los responsables de la marinería, desde hacía ocho meses. Fue entonces cuando conoció a Juan Sebastián de Elcano, quien inicialmente viajaría como maestro de la nao Concepción, una de las cinco que se

estaban preparando. También al experimentado genovés Juan Bautista de Punzorol, que ocuparía el puesto de maestro en la Trinidad, donde también viajarían Magallanes y Espinosa. Por entonces nada hacía sospechar que estos tres hombres, Espinosa, Elcano y Punzorol, se convertirían en los principales responsables de la expedición después de la muerte Magallanes.

Confirmando su propia declaración, encontramos registrados diferentes pagos realizados a su nombre desde la segunda mitad de enero de 1519, por parte de la Casa de Contratación de Indias²⁶:

A Espinosa, alguacil de la armada, un ducado del sueldo de medio mes de enero.

Según acabamos de leer, a mediados de enero ya ejercía y cobraba como tal, pero su nombramiento como alguacil mayor de la armada no llegó a producirse hasta el mes de abril de 1519, coincidiendo poco más o menos con los del resto de oficiales asignados por el rey. Por las palabras de Carlos I, su cometido consistía en velar por el cumplimiento de las leyes y de las órdenes impuestas por Magallanes y Falero:

Por la presente, acatando los servicios que vos, Gonzalo Gómez de Espinosa, me habéis hecho y hacéis, y espero que me haréis de aquí adelante, y vuestra suficiencia y calidad, es mi merced y voluntad que seáis mi alguacil de la armada de que van por nuestros capitanes Fernando de Magallanes y Ruy Falero, caballeros de la Orden de Santiago, y que todo el tiempo que durare la dicha armada traed y traigáis vara de nuestra justicia, y ejecutad los mandamientos que por los dichos nuestros capitanes fueren puestos.